

## 101. ¿Cuidar la Naturaleza?...

Como todos en este mundo tenemos nuestros caprichos, nuestros gustos, nuestras distracciones, no es de extrañar que los santos también tengan sus entretenimientos, aunque parezca a primera vista que esas almas tan especiales han de estar muy por encima de las cosas de la tierra para vivir sólo de las del cielo. Y esto le ocurría a Santa Sofía Barat, que sentía una afición enorme a cuidar los pájaros y las flores. No todos lo llevaban a bien, y un día se le preguntó, casi de mal humor::

- *Oiga, ¿pero cómo una mujer como usted, con tantas cosas importantes en la cabeza, se entretiene en cuidar a los animalitos hambrientos y abandonados? ¿No le parece que eso es cosa de chiquillos, algo muy infantil? ¿Y por qué ha de perder tanto tiempo con las plantas y las flores? Déjelas que crezcan por su cuenta en el jardín...*

Sofía sonreía, no hacía ningún caso, y seguía siempre en las mismas. Hasta que una vez respondió:

- *Sí, ya lo sé; pero tengo por norma hacer felices a esas criaturitas de Dios que son los animalitos. Y en cuanto a las plantas y las flores, ¡Dios las ha hecho tan hermosas! ¿Por qué nosotros les vamos a cortar la vida, con lo espléndidas que son, para que se sequen y echarlas después al fuego?...*

Le damos plenamente la razón a esta Santa, gran educadora de la juventud. ¡El bien que se haría al mundo si se imitaran ejemplos como éste!

Hoy se ha metido la manía de destrozar la obra de Dios en el mundo. Por mirar sólo el interés comercial, por enriquecerse indebidamente, se está cometiendo un crimen contra la naturaleza. Desaparecen bosques; en los campos de cultivo ya no hay sitio para muchas especies de pájaros, que han tenido que emigrar o morir; se quebrantan las leyes de la caza de animales, que ya no encuentran dónde esconderse ni lugar para reproducirse.

Matar, destruir, arrancar..., parecen ser los verbos más conjugados por quienes sólo miran un interés pasajero en provecho propio, olvidando el mal que hacen con ello a todos... Con deforestaciones como la del Amazonas, se le deja al mundo, a nuestra América sobre todo, sin pulmones para respirar...

Ante esta desgracia, que toma proporciones alarmantes, ha surgido un clamor universal —bajo el nombre de “ecología”— en defensa de la obra que Dios nos ha confiado a todos. Nosotros estamos acordes con ese clamor sensato y providencial. Por eso, mejor que gritar inútilmente, nosotros preferimos cultivar el amor a la naturaleza, para convertirnos en colaboradores de Dios, que sigue amando la obra de sus manos...

El Catecismo de la Iglesia Católica (373) nos lo avisa con estas palabras:

- *En el plan de Dios, el hombre y la mujer están llamados a someter la tierra como administradores de Dios. Esta soberanía no debe ser un dominio arbitrario y destructor. A imagen del Creador, que ama todo lo que existe, el hombre y la mujer son llamados a participar en la providencia divina respecto de las cosas creadas. De ahí su responsabilidad frente al mundo que Dios les ha confiado.*

Estas palabras de gran Catecismo son fuertes; pero, ¿quién las puede contradecir?... Nadie.

Los Santos son unos verdaderos maestros en el modo de mirar la obra de Dios en la naturaleza. Ganan con mucho a los hombres de ciencia más ilustres, porque descubren como nadie la obra del Creador. Así, una Teresa del Niño Jesús, que nos trae sus primeros recuerdos de niña:

- *Siento todavía las impresiones profundas que nacían en mi corazón a la vista de los campos de trigo esmaltados de amapolas, acianos y margaritas. Gustaba ya de los lejanos espacios, de los grandes árboles; en una palabra, la hermosura de la naturaleza me encantaba y transportaba mi alma a los cielos.*

¿Cómo no vamos a admirar y amar y defender y cuidar la naturaleza con lo bella que es, con lo útil que nos es, con lo que nos eleva hacia Dios?...

Una de las primeras y más grandes glorias literarias de nuestra América fue Sor Juana Inés de la Cruz, la monja mexicana. Un día le llega una seria amonestación de la superiora del convento:

- *Haga el favor de dejar los libros y de no estudiar más.*

El mandato era muy serio, y la pobre Sor Inés no tuvo más remedio que obedecer a la tonta superiora.

- *¿Y ahora, cómo va a hacer?*, le preguntan a la aprovechada estudiante.

Y ella, muy tranquila, muy profunda:

- *Seguiré estudiando igual. La superiora me quita todos los libros menos uno, porque no puede: el libro de la naturaleza. Todas las cosas que Dios ha creado me sirven de letras, y el libro es toda esa máquina universal que ven mis ojos.*

Estos Santos y videntes no hacen sino dar razón a la Palabra de Dios, que se desata apasionadamente en alabanzas del Dios Creador: - *“El Señor lo ha hecho todo... y a los piadosos les da su sabiduría”* para descubrirlo y entenderlo (Eclesiástico 43,33.- Todo el capítulo)

¿Por qué destruir entonces la obra de Dios? Ya que no es lo mismo servirnos de ella para nuestro provecho que destrozarla y echarla a perder.

Un famoso y sabio inventor inglés, al visitar París y subir a su Torre de hierro, escribió estas palabras:

- *A Eiffel, el audaz constructor de esta Torre gigantesca y original, obra de la moderna ingeniería, le dedica estas palabras un hombre que estima y admira a todos los ingenieros, principalmente al mayor de todos: Dios (Edison)*

La atención a la naturaleza, el amor a las plantas y a los pájaros, el cuidado respetuoso de los animales, se convierten en admiración, reverencia y amor a Dios, el Ingeniero supremo de tanta belleza como admiran nuestros ojos. Se pueden tener en la vida muchas aficiones, pero pocas ganarán en finura, elegancia y provecho a la feliz manía de cuidar con esmero esas criaturas de Dios...